

CONTANDO CUENTOS: UNA EXPERIENCIA DIDÁCTICA EN EL AULA

Rosa Isabel Galdona Pérez
CEO Bethencourt y Molina

Nuestro objetivo primordial como docentes es transmitir -más que mera información- valores que sirvan al alumnado para poder crecer como personas. Con esa idea en mente, acometí la aventura de trabajar el tema de la inmigración con mis alumnos, utilizando para ello un cuento que escribí para tal fin. El relato fue escrito con intención de cercanía vivencial, puesto que tiene que ver con su acontecer cotidiano, con lo que oyen en los medios de comunicación y con lo que experimentan, incluso, en la calle. Porque la inmigración es parte insoslayable de la vida de los canarios en los tiempos que corren. Intentar obviarlo sería una imprudencia y una muestra de falta de sensibilidad que no nos podemos -ni debemos- permitir como educadores. El cuento que vamos a trabajar habla de personas que buscan desesperadamente una existencia digna. Es una historia de desarraigo, de amor, de amistad, de renuncias y, en definitiva, de valores humanos que tenemos que alimentar en los chicos. La lección que a nosotras nos fue devuelta tras la experiencia fue un valioso mensaje que mezclaba indolencia, suspicacias, rechazo, tolerancia, autocrítica e incluso implicación directa. Todo un mosaico de perfiles humanos que son los que llenan nuestras aulas y que, afortunadamente, nos enriquece con su pluralidad. El relato que trabajamos fue el siguiente:

ARENA BAJO LOS PIES

Nino Elgohram es un joven marroquí de dieciséis años. Tiene la piel oscura y los ojos -de un negro intenso- le brillan repletos de inquietudes y sueños. Vive con su familia en una de las viviendas ruinosas de la parte más deteriorada y empobrecida de la ciudad. En un lugar como aquel no le apetece a nadie vivir. Allí hay que dormir entre techos y paredes destrozadas, entre tuberías deterioradas que dejan escapar olores insoportables y puertas y ventanas que no protegen en absoluto de las inclemencias de la calle y del tiempo.

Sin embargo, no hay mucho donde elegir cuando se llega a escondidas y sin recursos a un país extraño para intentar ganarse la vida. Nino y su familia lo saben y aguantan con la esperanza de un futuro más generoso y próspero. Con esa esperanza sale cada mañana su padre, en busca de algún trabajo esporádico que le reporte algún miserable jornal. Con esa esperanza y con el temor inevitable de ser detenido por ilegal y devuelto con los suyos a su país.

Por ese motivo la familia Elgohram se dispersa desde que amanece. El padre sale a buscarse la vida donde puede. La madre acude desde hace algo más de una semana a servir como asistenta -muy mal remunerada- a una casa muy distinguida de una de las calles más elegantes de la ciudad. Nino, por su lado, comienza a deambular por bulevares y avenidas con las primeras luces del día. Sin esperanza y sin prisa. Pero siempre con mucha hambre.

Comer. Comer no es nada fácil cuando se está rodeado de caras extrañas y hostiles, cuando hay que pelear como una fiera para no morir de hambre. Nino se sabe ya de memoria, a su corta edad, esa lección. Por ofrecerle el derecho a comer cada día con dignidad se aventuraron sus padres hace poco a abandonar su tierra.

Atrás dejaron familiares y conocidos -eso fue lo más duro- pero dijeron adiós sobre todo a un futuro negro que les impedía tener esperanza en el mañana. Aquí, en el nuevo país, las penurias cotidianas se resisten a abandonarlos, pero al menos permite crecer en sus corazones el coraje y la ilusión por obtener un futuro mejor.

A media mañana suele dejarse caer por el Bar Tomás, en Paseo Marítimo. Hace unos días conoció allí a un chico muy simpático que le dijo que se llamaba Paco el Pecas. Desde entonces le gusta darse una vuelta por allí y charlar con él. Paco es el único chico con el que ha podido hablar desde que Nino está en la ciudad, porque los otros parecen rehuirle en cuanto le ven aparecer. Deben pensar que es peligroso relacionarse con ilegales como él, puesto que en cualquier momento puede llegar la Policía y devolverlo a la fuerza a su país.

Pero no importa, Paco vale por todos los demás. Es un tío fenomenal que no ha dudado en ofrecerle su amistad. Y eso que es rubio y con una piel tan blanca... que no necesita andar con chicos morenos como él, arriesgándose a arruinar la propia reputación... Sin embargo no se avergüenza de andar con Nino por las calles, ni de echar con él una partidita de billar en el Bar Tomás. Quizás porque para alguien como Paco lo de menos es el color de la piel y él también se considera un vagabundo, un desheredado del destino en cierta manera...

“Está genial el juego del billar”, va pensando Nino camino de su casa. En su pueblo natal no había apenas bares. Nino no había visto nunca una auténtica mesa de billar ni tenía idea de que existiese un juego tan divertido. Tampoco conocía el placer de reunirse libremente con los amigos para charlar de cosas triviales y sin importancia. En su pueblo natal sólo había miseria,

un forcejeo cotidiano contra el hambre que no cesaba en ningún momento del día, mucho miedo y luchas continuas por la supervivencia en las callejas.

El joven avanza con decisión pese a no estar acostumbrado a desenvolverse entre tanto bullicio. Le aturde tanta algarabía de tráfico y de personas por avenidas y aceras. Además, cuando contempla aquel panorama de gente mayor deambulando por todos lados, con aspecto de tener prisa y de estar ocupadísimos cae en la cuenta con tristeza: no hay niños a esta hora porque están todos en la escuela. Y al hacer aquella reflexión no puede evitar un sentimiento parecido a la envidia al pensar en la gente de su edad. A aquella hora no se les ve por ningún lado. Todos están estudiando. Sólo los desgraciados como él andan por ahí sin rumbo y sin quehacer. Los niños del mundo de los ricos, en el que ahora se encuentra, van a la escuela y se preparan para ser hombres y mujeres importantes. Mientras, él vagabundea clandestinamente, casi como un delincuente. Y él no quiere ser ni un vagabundo ni un delincuente. "Tiene que ser formidable ir a la escuela", pensaba, "¿cómo me gustaría saber escribir mi nombre y llenar todos los muros del mundo con él...!"

Sin embargo, las maravillas que le habían contado de aquel nuevo país parecían resistirse para él y para su familia. Llevaban ya allí varias semanas y las cosas no tenían visos de irse a arreglar muy pronto... En fin, ya estaba en casa.

- ¡Hola mamá!, ¿qué tal tu trabajo?
- Normal, cariño, ¿Y tú... en qué has pasado la mañana?
- He estado mirando escaparates... hay muchísimas cosas hermosas expuestas... y mucha gente comprando... La gente debe tener mucho dinero... Están por todos lados, gastando dinero sin parar... en los supermercados, en las tiendas de ropa, en las de zapatos, en las de discos... y en aquella tienda tan grande del final de la calle Olmos, ¿sabes? Allí siempre hay un montón de personas comprando televisores, ordenadores y unos aparatos de música preciosos, mamá. ¡Ah!, y en la tienda de deportes de la esquina también he estado curioseando. Hay una ropa fantástica allí, fantástica y carísima... y siempre hay un montón de gente comprando...

Me parece que aquí se debe de vivir muy bien si tienes un trabajo, ¿a que sí...? Pronto tendremos nosotros todas esas cosas, ¿verdad mamá...? ¡Ah!, también me he dejado caer por el Bar Tomás ¿recuerdas que te conté que para mucho por allí un chico llamado Paco, el Pecas?, pues estuve jugando otra vez con él al billar...

- Está bien distraerse un poco –sentenció en este punto de la conversación el Sr. Elgohram- pero no es sano tener la diversión por costumbre cuando no hay antes una obligación cumplida. No lo olvides, hijo.

El Sr. Elgohram era un hombre severo, curtido por unas

extremas condiciones de vida en su Marruecos natal y con el coraje suficiente como para dejarlo todo atrás a cambio de una remota posibilidad de vivir más dignamente. Había cruzado el mar a bordo de una miserable patera con mucho miedo a ser descubierto, pero con la decisión de quien desea un futuro de esperanza y prosperidad para su familia. Por eso estaban allí.

- Estamos aquí –continuó- para labrarnos un futuro mejor que el que nos aguardaba en la aldea. No debemos olvidarlo ninguno de los tres. Tener eso siempre presente será esencial para nuestra supervivencia.
- No, papá, yo nunca me olvido de lo que siempre me dices. Es sólo que...
- Ya sé lo que quieres decir –continúa el padre- no te preocupes. Sé perfectamente que no eres un irresponsable y que te vas al Bar Tomás más por tu nuevo amigo que por el vicio del juego. Eso es muy noble. De todas formas, tengo una excelente noticia para ti que va a terminar con tus ociosas mañanas de billar. Hoy he conseguido un trabajo en el campo. Estamos en plena temporada de recolección de hortalizas en esta zona y uno de los peones ha tenido un accidente muy grave. Necesitan sustituirlo con urgencia. Además, me han dicho que hay un puesto para ti... es una tarea muy sencilla, sólo tienes que acarrear los cestos de mercancía desde las huertas hasta los camiones...
- Pero papá... eso es estupendo... –acierta a balbucear Nino, sumido en un repentino desconcierto.
- Ya lo sé, Nino, ya lo sé. Si trabajamos los tres reuniremos más dinero y así nos será más fácil salir adelante, ¿me comprendes, hijo? Incluso para que nos regularicen la situación es importante tener algo de dinero. He conocido a otras personas que están como nosotros y algunos de ellos confiesan sin ningún rubor que con dinero es más sencillo "agilizar la burocracia" para conseguir los papeles, ¿entiendes?

El chico asiente a las palabras de su padre con una expresión de complicidad resignada. Por dentro, sin embargo, piensa acongojado "¡lástima, ya no podré ir nunca a la escuela, como el resto de los muchachos...!" Mientras esta conversación tiene lugar, Nino y sus padres dan cuenta ávidamente de unos embutidos con pan que han regalado generosamente a la señora Elgohram en la casa en la que trabaja. Ésa será toda la comida del día. Si prescinden de gastos innecesarios, como comprar alimentos sin los que pueden sobrevivir, podrán ahorrar más.

Desde que Nino comenzó a trabajar en el campo con su padre se ha vuelto más maduro. Ha perdido los pocos restos de adolescencia que le quedaban y ya es todo un hombre. Cada vez tiene las cosas más claras y ya no fantasea con chiquilladas como la escuela. Se ha dado cuenta de que el mundo es de los que lo trabajan y allí está él, partiéndose la espalda para tener derecho a la parte del mundo que le corresponde. Aunque no sepa escribir su nombre...

Trabajando duro es posible conseguir cualquier cosa. Ahora lo sabe. Sólo hay que tener paciencia y resistencia física. El dueño de la plantación confía mucho en su padre. Lo ha nombrado capataz, responsable nada menos que de dos hectáreas de tierra en producción y ahora es Nino quien se ocupa de la labor recolectora que desempeñaba su padre. El dinero que ganan entre los dos es ahora más abundante y su padre está intentando ponerse en contacto con un señor del que le han hablado y que, al parecer, hace milagros con el asunto de la legalización. Con un poco de suerte, la situación de los Elgohram puede cambiar en unas pocas semanas... Nino trabaja con el brío propio de su edad. Mientras, la mente del joven se pasea por aquellos días de ociosidad tan cercanos en el tiempo y que a él le parecían ya tan lejanos... "¡Cuánto tiempo hace que no veo a Paco el Pecas!", piensa, "debe creer que me he olvidado de él, o que me ha sucedido algo... tengo que intentar verle una de estas tardes... el caso es que acabo tan cansado el trabajo... Pero está claro que tengo que darme una vuelta por el Paseo Marítimo..."

El joven se propuso en serio volver a ver a su amigo y una tarde de aquella misma semana, tras salir del trabajo y ponerse ropa limpia, se puso en camino hacia el Bar Tomás. Le apetecía enormemente volver a ver al Pecas. ("Me gusta tanto hablar con Paco... es tan buen amigo... Seguramente hemos hecho tan buenas migas porque, en el fondo, él ha tenido una vida tan ingrata como la mía, incluso más, se podría decir...") Y Nino evoca mientras camina la triste historia que el Pecas le contó la segunda o tercera vez que hablaron. Al muchacho aún se le encoge el corazón cuando la recuerda.

Paco es un pobre chaval que ha pasado la mitad de su existencia viviendo de la mendicidad. Es un muchacho lleno de humanidad que ha conocido el lado más triste y oscuro de la vida. Debe de tener la misma edad que Nino, más o menos, y desde pequeño ha vivido con su padre. Bueno... hasta que se quedó solo. Paco vivió con su padre los mejores y más tiernos años de su infancia. De su madre nunca le contó nadie nada, pero conserva en la memoria muy buenas temporadas junto a su padre, un hombre fantástico, lleno de optimismo y un gran emprendedor en los negocios. De esa época recuerda su estancia en unos colegios muy bonitos y elegantes, aunque repartidos por tantas ciudades distintas que casi no le daba tiempo a hacer amigos...

Después, las cosas empeoraron hasta lo indecible. En pocos meses, la situación económica llegó a estar tan mal para su padre que un día Paco amaneció en una Casa de Acogida, sin saber cómo.

Tendría entonces, no lo sabe con exactitud, unos ocho años. Sí continúa teniendo presente, en cambio, la invariable y fría respuesta con la que acallaban en aquel lugar todas sus desesperadas preguntas: ("Tu papá ha tenido que irse lejos por asuntos de negocios. Pronto volverá")

El Pecas sabía, sin embargo, que eso era falso. Años más tarde, cuando huyó del Hogar de Acogida sin que nadie se preocupase por buscarlo y empezó a buscarse la vida como pudo –en la Estación de Guaguas, en los portales de las iglesias, en los pasillos de los centros comerciales...– alguien le habló de un mendigo que respondía a las características físicas de su padre... Según le contaron, solía dejarse ver por la Estación de Guaguas, donde pedía limosna sentado en las escalinatas de la entrada... Hasta que un día ya no volvió...

Desde hace un par de años, Paco vive con Tomás, el propietario del Bar. El buen hombre impidió un día de invierno que el chico muriera de frío dejándolo pasar la noche en la trastienda del local. Tomás no tiene familia y le da cama y comida desde entonces a cambio de algo de ayuda y, sobre todo, de compañía. Paco colabora con las faenas del establecimiento, sobre todo cuando ve agobiado a Tomás, si hay mucha clientela y eso... Le gusta sentirse necesario y, por encima de cualquier otra cosa, se siente afortunado porque alguien como Tomás valore su compañía...

- ¡Eh, Paco!, ¿qué hay de nuevo, tío? –saluda Nino entrando repentinamente en el local.
- ¡Eh, Nino, colega!, ¡cuánto tiempo...!, ¿dónde diablos te metes? –responde el Pecas con una mezcla de júbilo y sorpresa.

Nino cuenta al amigo los acontecimientos más recientes de su azarosa existencia ante la atenta mirada del Pecas. Cuando concluye, éste le dice:

- Entonces, Nino, ya casi has conseguido tu objetivo, tío. Ya te ganas la vida, ¿no...?
- No creas, Pecas, no creas. No es tan sencillo. Hemos reunido algo de dinero, sí, pero no nos sirve para vivir mejor. Mi padre lo está guardando todo porque le han hablado de un señor que arregla muy de prisa lo de los papeles, ¿sabes? Y quiere contratar sus servicios en cuanto reunamos la cantidad necesaria. Por eso, aunque seguimos trabajando los tres, todavía no hemos podido mudarnos a una casa decente donde no haga frío. Por eso seguimos alimentándonos con los restos de comida que trae mi madre de la casa en la que sirve. Por eso, en fin, Pecas, sigo sin conseguir el objetivo con el que soñaba en mi aldea. Mi madre continúa trabajando como criada y aún no hemos visto la cara a la felicidad desde que estamos en este país. ¿Sabes?, me gustaría ser el personaje de un cuento, de un cuento de esos para niños con final feliz. Los protagonistas de los cuentos siempre acaban obteniendo su recompensa tras sufrir innumerables desdichas, ¿no? Pues yo quisiera que alguien escribiese mi final feliz para que terminara todo esto... a lo mejor es que el éxito en este mundo de ricos es sólo para gente rubia y pálida como tú, Pecas...
- Venga ya, tío, no me vengas con eso. A mí, precisamente a mí no me vayas a vender ese cuento... ¿sabes lo que creo, colega...? que el éxito en este mundo de ricos, como lo llamas tú, no tiene

que ver con el color de la piel, ni con sentimientos ni con buenas intenciones. Sólo tiene que ver con dinero y con habilidad para conseguirlo.

- A mí me da lo mismo el éxito, tú lo sabes. Estoy a gusto con Tomás y él está a gusto conmigo. A ti, en cambio, sí que te importa el éxito. Y estás haciendo lo que puedes para obtenerlo, ¿no? Ya sé que no a todo el mundo le cuesta lo mismo, pero estás en el buen camino y es lo importante, tío, así que no desesperes, caray... Ya estás más cerca de lograrlo, ¿no...?
- Sí... supongo que sí... venga, ¿jugamos una partidita de billar? Pero sólo una, que tengo que acostarme temprano...
- Venga, colega, eso está hecho.

Los dos muchachos jugaron aquella partida con un entusiasmo que les devolvió a la adolescencia durante unos minutos. Nadie que les hubiera observado hubiese adivinado la dura realidad que soporta cada uno de ellos sobre sus espaldas.

Encuentros como el de aquel día se repiten desde entonces con cierta regularidad, haciendo más llevadera a los dos muchachos su dura existencia. Por lo demás, los días pasan, iguales, en la vida de la familia Elgohram. Algunas tardes, Nino siente con más intensidad cómo le va creciendo por dentro una especie de desesperanza, un sentimiento indefinible que le va derrotando poco a poco. Y se pone a pensar. Había soñado con tantas cosas hermosas allá, en la aldea... Recuerda que cuando hablaron por primera vez de la posibilidad de cruzar el mar, "en busca del progreso" según su padre, Nino sintió una ilusión tan repentina e intensa que casi no podía mantener su corazón dentro del pecho. Los sueños que empezaron a crecer desde aquel instante eran tantos que casi no le cabían en las manos...

El muchacho sigue teniendo muy presente que lo primero que imaginó fue a su madre vestida como esas señoras que salen en las revistas. También imaginaba a su padre conduciendo un automóvil, un automóvil normal y sin demasiadas pretensiones... como el que tiene casi todo el mundo en la maravillosa Europa... Y se veía a sí mismo, cómo no, asistiendo a la escuela, estudiando para aprender las cosas que los poderosos y los dirigentes de la cultura occidental consideran importantes para triunfar en la vida. "Tienes que conocer sus reglas para tener una oportunidad en su juego", se decía a sí mismo. Ahora evoca todo aquello y no puede evitar reírse con decepción de su propia ingenuidad.

Nino ha decidido que, aunque esté muy cansado, no debe "(mal)gastar" su vida sólo en trabajar y en dormir. Para poner en práctica su decisión se ha propuesto luchar activamente contra la fatiga y distraerse siempre que pueda manteniendo sus encuentros con Paco y el billar. Ahora mismo va para allá. Después de todo, la avenida Marítima no está tan lejos y la Policía no suele ir mucho por allí, a no ser que haya algún disturbio que requiera su presencia.

Con estas reflexiones ocupa Nino su pensamiento, a la espera, cada vez más escéptica, de que se materialice alguno de sus sueños. Sin embargo, al ver a aquella joven sentada en un banco del parque se le ocurrió de pronto pensar que podía tener delante de sus ojos el comienzo del cambio, que aquello podía ser un presagio de que llegaban los buenos tiempos. El muchacho era de naturaleza impulsiva y fue tal la impresión que le causó la visión de aquella criatura sentada bajo los árboles que, de pronto, pensó que alguien lo había elegido para protagonizar una historia de príncipes y princesas.

("Es ella. Es la chica por la que nunca me atrevo a preguntar al Pecas...") Nino se acerca a la muchacha mientras se dice a sí mismo, atropelladamente, estas turbadas palabras. Al llegar a su lado, la aborda con una naturalidad tan extraordinaria que hasta él mismo se sorprende:

- Hola, ¿me puedo sentar...?
- Claro, por supuesto –responde la joven sonriendo–.
- A lo mejor me equivoco pero... creo que nos conocemos de vista –continúa Nino–. Tú vives en la Avenida Marítima, en el edificio que tiene debajo un establecimiento llamado Bar Tomás, ¿verdad? Mi nombre es Nino.
- Qué nombre tan bonito... Yo me llamo Raquel y sí, tienes razón, en ese sitio vivo. Tú paras mucho por allí, ¿no?
- Sí, el Pecas es mi mejor amigo y me dejo caer por allí siempre que puedo... es que trabajo, ¿sabes?, y no voy tanto como quisiera...
- ¿Trabajas... no vas a la escuela...? –se extraña la joven.
- No, no puedo ir, aunque me gustaría... pero explicártelo sería muy largo... tanto que te aburrirías, créeme. Tú, en cambio sí que estudias... Con todos esos libros que llevas, vienes ahora de la escuela, ¿no...?
- No, no vengo exactamente de la escuela. Vengo de una Academia. Verás, es que mi madre me paga unas clases particulares de francés, porque se me da muy mal y he suspendido la segunda evaluación. Y como quiere que apruebe el curso...
- Hace bien tu madre –asiente Nino–. Debes aprobar el curso. Y el próximo. Y el otro también. Estudiar es importante. Te lo dice alguien que no ha tenido la oportunidad de hacerlo. Tiene que ser maravilloso aprender en los libros los pensamientos y los hechos con los que otras personas han ido construyendo la Historia de los pueblos del mundo, ¿no te lo parece?
- Sí, estoy de acuerdo contigo –responde la muchacha–. A veces es difícil aprobar, cuando tienes mucho que estudiar ¿sabes?, pero el agobio tiene su compensación, yo siempre lo digo. Y es que es apasionante aprender. Si nadie se hubiera preocupado nunca de aprender estaríamos aún pintando animales en las cavernas y con el cuerpo cubierto de pieles, ¿no te parece...? Yo creo que es importante tener siempre ganas de mejorar y que

es fundamental hacerse preguntas porque, si no te haces preguntas nunca vas a obtener las respuestas, ¿no estás de acuerdo...? Aunque claro, todo cuesta un esfuerzo, es natural. A mí, por ejemplo, me cuestan mucho los idiomas, ya te lo he dicho, pero en cambio me encanta la poesía. ¿A ti te gusta la poesía...?

- No lo sé... la verdad es que nunca he visto ninguna... -balbucea Nino maravillado ante la desenvuelta locuacidad de la muchacha.
- Más que verla, la poesía hay que escucharla. Y hay poemas realmente hermosos. Es algo muy, pero que muy especial –explica con pasión Raquel- ¿quieres que te lea uno...?
- Me encantaría... –responde Nino presa de un entusiasmo que hace tan sólo unos minutos no hubiera imaginado que podía sentir-. Y Raquel comenzó a recitar:

Nada ha sido según lo prometido
-las cosas cambian con la luz del mediodía-
Los asombros de la inocencia más desvalida
se han transformado en espejismos
imposibles de crueldad.
Nada ha sido según lo prometido
-las historias cambian sin medias historias-
Y hoy, que hasta la lluvia se empeña en golpear
la soledad de mi alcoba,
hoy que apenas me queda la esperanza
en el fondo del cajón,
la mirada triste que ha dejado
aquella niña de otro tiempo mira atrás.
Mira atrás y se hace amiga del dolor.

La muchacha mira expectante al joven, a la espera de algún comentario sobre su lectura. Ante su mirada interrogante, Nino exclama emocionado:

- Son las palabras más hermosas que nadie ha pronunciado para mí jamás. Y tan tristes...
- Sí, estoy de acuerdo. En general, la poesía más bonita es la más triste. Es como si –explica la joven muy convencida- los escritores que hacen las poesías, los poetas, ¿sabes...? sólo fuesen capaces de inventar cosas hermosas cuando se sienten mal... o cuando tienen una pena muy grande... no sé...
Pero, claro, con poesía sólo no se aprueba, ¿sabes? Tengo tanto que estudiar... Mañana, sin ir más lejos, tengo un examen de francés, un terrible examen de francés... así es que me tengo que ir, Nino. ¿Querrás otro día que te lea más poemas...?
- Me encantaría, sería perfecto. ¿Sueles estar por aquí a esta hora? –responde el muchacho preguntando al mismo tiempo.
- Sí, está en mi camino de vuelta a casa cuando salgo de la Academia.
- Perfecto –continúa Nino- entonces creo que nos vamos a ver bastantes veces más. Si tú quieres...
- Me encantaría –añade la joven dedicándole a Nino una sonrisa que lo turbó de felicidad-
- Bien... hasta mañana entonces...

Y se separan tomando caminos opuestos. El corazón de Nino va acelerado como una moto y el muchacho, todo él, va sumido en una suerte de encantamiento que lo hace sentirse realmente a gusto. Por fin, va pensando el chico, algo parece empezar a salir bien. La chica es más guapa de lo que él había alcanzado a ver desde lejos. Es más, es simplemente maravillosa. Y sabe leer... Y qué poesías tan hermosas tiene en sus cuadernos... ¿las habrá escrito ella...?

Pero no acaban ahí las novedades del día. Al llegar a casa, Nino encuentra a su madre moviéndose con una excitación extraña por todas las habitaciones, como si preparara una salida precipitada del lugar. El muchacho no puede evitar sobresaltarse. El padre, por su parte, fuma dando pequeños paseos por la cocina y aparece también más nervioso de lo normal. La respuesta que obtiene el joven al preguntar si sucede algo es:

- Han venido a avisarnos de que el intermediario, el de los papeles, ¿sabes?, va a pasar mañana por la finca. Al parecer, viene a recoger el dinero de todos los que trabajamos allí de forma clandestina, de todos los ilegales. Somos diecisiete en total. Nos han dicho que vendrá temprano.
- Papá... eso, eso es estupendo... ¿no...? – balbucea el muchacho presa de una extraña sensación a caballo entre el desconcierto y el nerviosismo-. Por fin ha llegado nuestra oportunidad, el momento mágico por el que llevamos meses trabajando a escondidas... ¿no estás contento...?, ¿mamá...?
- No sé, Nino... no sé... –responde su madre con preocupación-. Creo que ahora, más que nunca, tenemos que ser prudentes... Después de todo, vamos a poner en manos de un desconocido, de un completo extraño, el fruto de nuestro esfuerzo durante muchos meses... Si algo sale mal... todo estará perdido, ¿comprendes eso, cariño? Pero Nino no es capaz de pensar friamente. Un entusiasmo desbocado ha apresado su ánimo y es tan poderosa la sensación que no puede controlarla. Además, tampoco quiere... La familia se acuesta para intentar dormir un poco. El día que se avecina viene cargado de novedades y es mejor recibirlo descansado.

El señor Elgohram es el primero en abandonar aquella destartada y grotesca imitación de cama en la que ha descansado al final de cada jornada durante los últimos meses. Aquella última noche, sin embargo, fue la primera vez que reparaba en lo incómodo que resultaba aquel catre. Las otras veces el extremo cansancio no le había permitido advertirlo. Pero la noche que acababa fue especial. La preocupación que le embargaba, considerablemente mayor que el sueño, le dio ocasión para reflexionar y para advertir la patética situación en la que tenía a su familia dentro de aquella choza inhóspita.

Dentro de su corazón, en aquel momento tan decisivo de sus vidas, el señor Elgohram sólo tiene lugar para la esperanza. Dar marcha atrás ya no tiene sentido. El

amanecer se anuncia inminente, con una claridad casi insolente. Hay que ponerse en marcha.

La familia deja recogidas sus miserables pertenencias, por lo que pudiera pasar, y emprende el camino de la finca como si se tratara de un día más... También la señora Elgohram sale para su trabajo como siempre... aunque hoy se encuentre presa de una desazón desconocida, pendiente de tener noticias de su familia en cualquier momento...

Se trataría de un día más, en efecto, si no llevaran sus corazones encogidos por el miedo a lo desconocido. Sería sólo otra jornada de trabajo si no se encontrasen más desvalidos que nunca, si no llevaran consigo la certeza de que iban a atravesar una línea desde la que no había retorno posible.

Iban a poner sus destinos en manos de un extraño, de un personaje clandestino dedicado a vivir lucrativamente de la desesperación ajena. Era como saltar al vacío y los tres miembros de la familia Elgohram lo sabían perfectamente.

El misterioso personaje llega a la finca con las primeras luces del alba. Viene vestido con muy buenas ropas y la expresión de su rostro aparece marcadamente seria. Con una prisa más que sospechosa, intercambia unas pocas palabras con el dueño de la explotación y a continuación comienza a recorrer las huertas haciendo su particular recolección. Casi estaba terminando cuando aparece la segunda visita del día... Ya es totalmente de día y es difícil esconderse. Es el peor momento para que sucediera aquello pero lo cierto es que, de pronto, uno de los peones se acerca corriendo como si le persiguiera el demonio por entre las huertas y anunciando entre gritos la llegada de la policía...

Lo que sucede en los minutos siguientes sólo puede describirse como una situación espantosa de caos, de confusión y huida desbocada por el pánico. Todos los trabajadores son ilegales y nadie quiere ser capturado. Eso significaba la deportación inmediata y, en consecuencia, el regreso a la miseria sin horizonte... Con todo, nadie es tan rápido en escabullirse del lugar como el enigmático burócrata...

Nino y su padre corren como perseguidos por el diablo. En primer lugar acuden a la casa. Había que recoger las pocas pero imprescindibles pertenencias de la familia. El muchacho se da prisa en avisar a su madre y una vez que están reunidos emprenden la huida de la ciudad. Ahora que la Policía conocía su existencia no era posible permanecer allí por más tiempo. Era demasiado peligroso. Era necesario marcharse a otro lugar, a un sitio donde poder pasar desapercibidos y empezar, otra vez, desde el principio.

Nino camina desolado. Se aleja de la ciudad con pasos inseguros pero también imparables. Va asustado y rabioso. Asustado por los acontecimientos impredecibles que les aguardaban a él y a los suyos en cada recodo del

camino. Rabioso por el injusto destino que se empeña en golpear una y otra vez a su familia. Y su rabia se multiplica hasta el infinito al evocar a su amigo Paco, al que no sabe si volverá a ver, y a la encantadora Raquel... Realmente, Nino no comprende cómo puede pasarle algo así, precisamente ahora que aquella muchachita le había sonreído y pensaba leerle en otras muchas ocasiones aquellas poesías tan bonitas y tan tristes. ("Nada ha sido según lo prometido..."), intenta recitar el muchacho para sus adentros identificado más que nunca con aquel bello poema que recordaría ya para siempre en la voz de Raquel... Pero ahora lo importante es salir de aquella ciudad. Mañana, en una población diferente, con gentes nuevas y nuevas posibilidades, podrían comenzar de nuevo si nadie repara en ellos. No sería difícil encontrar otra chabola en la que refugiarse y siempre hace falta un trabajador dispuesto a la faena más dura sin exigir demasiado.

Para los empresarios resulta más barato contratar a los ilegales porque éstos no están en condiciones de exigir nada. Y ésa es, paradójicamente, la ventaja del inmigrante clandestino, la de conseguir con facilidad un empleo porque resulta rentable contratarle. Ese consuelo es lo único que mantiene la esperanza a la familia Elgohram... Es la única ventaja que poseen y a la que tienen que aferrarse para seguir viviendo. En cuanto a los inconvenientes, ya están acostumbrados a convivir con ellos: sólo es cuestión de mantenerse erguido y caminar, aunque haya que seguir soportando en cada paso el desolador contacto de la arena bajo los pies...

Tras la lectura de la historia, el debate suscitado nos ha llevado al intercambio de opiniones sobre el sangrante tema de la inmigración y sus innumerables víctimas. Sobre lo justo o lo injusto del destino de Nino y su familia. Como ya apunté arriba, el abanico de opiniones que surgió fue de lo más diverso. Como docente, celebro haber encontrado la autocrítica más convencida del alumno que se reconoce afortunado de pertenecer al primer mundo, aquel que cree en la responsabilidad de actuar ante el drama humano de los que buscan un horizonte de supervivencia dando bandazos contra la desesperanza. Pero también como educadora afronto la postura xenófoba de quien entiende como una agresión la llegada masiva de extraños a su tierra, para "quitarles un trabajo que hace falta a los nuestros". Y lo afronto como un reto especial, que encaro cada día. Porque lo fácil es destacar la postura deseada y tolerante, sobre todo si es la mayoritaria en el aula. Pero lo complicado es combatir las ideas reaccionarias de rechazo a lo diferente, de lucha contra lo foráneo que presenta, a veces, incluso tintes de agresividad manifiesta. Convertir el debate encendido en diálogo sosegado que llega a la tolerancia e incluso a la empatía... transformar la negación de lo ajeno y lo desigual en capacidad de comprensión y razonamiento... ese es el desafío que pone ante mí el trabajo de abordar temas como el de este cuento. Hacerle frente es una de las tareas más apasionantes de mi labor como profesora de Lengua y Literatura.